




Edgar Allan Poe



El poder de las
Palabras

E LEJANDRIA



Edgar Allan Poe

El poder de las
Palabras

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PODER DE LAS PALABRAS

EDGAR ALLAN POE

PUBLICADO: 1845

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: 1845

EL PODER DE LAS PALABRAS

OINOS. —Perdona, Agathos, la debilidad de un espíritu recién iniciado en la inmortalidad.

AGATHOS. —Nada has dicho, mi Oinos, por lo que se deba pedir perdón. Ni siquiera aquí es el conocimiento cosa de intuición. En cuanto a la sabiduría, ipídela libremente a los ángeles, para que te sea concedida!

OINOS. —Pero en esta existencia soñaba que sería, de inmediato, conecedor de todas las cosas y, así, de inmediato, sería feliz al conocerlas todas.

AGATHOS. —¡Ah, la felicidad no reside en el conocimiento, sino en la adquisición del conocimiento! En saber para siempre, somos bendecidos para siempre; pero saberlo todo sería la maldición de un demonio.

OINOS. —¿Pero no lo sabe todo el Altísimo?

AGATHOS. —Eso (puesto que Él es el Más Feliz) debe ser aún la única cosa desconocida incluso para Él.

OINOS. —Pero, dado que crecemos a cada hora en conocimiento, ¿no acabarán por conocerse todas las cosas?

AGATHOS. —¡Mira hacia abajo, a las distancias abismales! ¡Intenta forzar la mirada por las multitudinarias perspectivas de las estrellas, mientras nos deslizamos lentamente a través de ellas así... y así... y

así! Incluso la visión espiritual, ¿no se ve detenida en todos los puntos por los continuos muros de oro del universo? ¿Los muros de las miríadas de cuerpos brillantes que el mero número parece haber fundido en la unidad?

OINOS. —Percibo claramente que la infinitud de la materia no es un sueño.

AGATHOS. —No hay sueños en Aidenn, pero aquí se susurra que, de esta infinitud de la materia, el único propósito es ofrecer manantiales infinitos donde el alma pueda saciar la sed de saber, que es para siempre insaciable en ella; puesto que saciarla, sería extinguir al alma misma. Interrógame entonces, mi Oinos, libremente y sin temor. ¡Ven! Dejaremos a la izquierda la sonora armonía de las Pléyades y nos lanzaremos fuera del trono hacia las praderas estrelladas más allá de Orión, donde, en lugar de pensamientos, violetas y trinitarias, se encuentran los lechos de los soles triplicados y de triple tinte.

OINOS. —Y ahora, Agathos, mientras avanzamos, ¡instrúyeme! Háblame en los tonos familiares de la Tierra. No comprendo lo que me has insinuado, hace un momento, sobre los modos o el método de lo que, durante la mortalidad, acostumbrábamos llamar Creación. ¿Quieres decir que el Creador no es Dios?

AGATHOS. —Quiero decir que la Deidad no crea.

OINOS. —Explícate.

AGATHOS. —Solo en el principio creó Él. Las aparentes criaturas que ahora, por todo el universo, brotan perpetuamente a la existencia, solo pueden considerarse como resultados mediatos o indirectos, y no directos o inmediatos, del poder creador Divino.

OINOS. —Entre los hombres, mi Agathos, esta idea sería considerada herética en extremo.

AGATHOS. —Entre los ángeles, mi Oinos, se ve que es simplemente cierta.

OINOS. —Puedo comprenderte hasta aquí: que ciertas operaciones de lo que llamamos Naturaleza, o leyes naturales, darán lugar, bajo ciertas condiciones, a lo que tiene toda la apariencia de creación. Poco antes del cataclismo final de la Tierra, hubo, recuerdo bien, muchos experimentos muy exitosos en lo que algunos filósofos fueron lo bastante débiles como para denominar la creación de animáculos.

AGATHOS. —Los casos de los que hablas fueron, de hecho, instancias de la creación secundaria, y de la única especie de creación que ha existido desde que la primera palabra pronunció la existencia de la primera ley.

OINOS. —¿No son los mundos estrellados que, desde el abismo de la no-entidad, estallan a cada hora en los cielos... no son estas estrellas, Agathos, obra inmediata del Rey?

AGATHOS. —Permíteme intentar, mi Oinos, guiarte paso a paso hacia la concepción que pretendo. Eres muy consciente de que, así como ningún pensamiento puede perecer, ningún acto carece de un resultado infinito. Movíamos nuestras manos, por ejemplo, cuando éramos habitantes de la Tierra y, al hacerlo, impartíamos vibración a la atmósfera que la circundaba. Esta vibración se extendía indefinidamente, hasta dar impulso a cada partícula del aire de la Tierra, que desde entonces, y para siempre, fue accionada por el único movimiento de la mano. Este hecho lo conocían bien los matemáticos de nuestro globo. Hicieron de los efectos especiales, producidos ciertamente en el fluido por impulsos especiales, el tema de un cálculo exacto; de modo que resultó fácil determinar en qué período preciso un impulso de determinada magnitud rodearía el orbe e impresionaría (para siempre) cada átomo de la atmósfera circundante. Retrocediendo, no encontraron dificultad, a partir de un efecto dado bajo condiciones dadas, en determinar el valor del impulso original. Ahora bien, los matemáticos que vieron que los resultados de cualquier impulso dado eran absolutamente interminables, y que vieron que una parte de estos resultados era rastreable con precisión mediante la agencia del análisis algebraico,

y que vieron también la facilidad de la retrogradación; estos hombres vieron, al mismo tiempo, que esta especie de análisis tenía en sí misma una capacidad para el progreso indefinido, que no había límites concebibles para su avance y aplicabilidad, excepto dentro del intelecto de aquel que lo avanzaba o aplicaba. Pero en este punto nuestros matemáticos se detuvieron.

OINOS. —¿Y por qué, Agathos, debieron haber continuado?

AGATHOS. —Porque había algunas consideraciones de profundo interés más allá. Era deducible, de lo que sabían, que para un ser de entendimiento infinito —uno ante quien la perfección del análisis algebraico se desplegara— no podría haber dificultad en rastrear cada impulso dado al aire —y al éter a través del aire— hasta las consecuencias más remotas en cualquier época del tiempo, incluso infinitamente remota. Es de hecho demostrable que cada impulso dado al aire debe, al final, impresionar a cada cosa individual que existe dentro del universo; y el ser de entendimiento infinito —el ser que hemos imaginado— podría rastrear las ondulaciones remotas del impulso, rastrearlas hacia arriba y hacia adelante en sus influencias sobre todas las partículas de toda la materia; hacia arriba y hacia adelante para siempre en sus modificaciones de las viejas formas —o, en otras palabras, en su creación de nuevas— hasta encontrarlas reflejadas, finalmente sin fuerza, de vuelta desde el trono de la Divinidad. Y no solo podría tal ser hacer esto, sino que en cualquier época, si se le presentara un resultado dado —si uno de estos innumerables cometas, por ejemplo, fuera presentado a su inspección— no tendría dificultad en determinar, mediante la retrogradación analítica, a qué impulso original se debió. Este poder de retrogradación en su absoluta plenitud y perfección —esta facultad de referir en todas las épocas todos los efectos a todas las causas— es, por supuesto, prerrogativa exclusiva de la Deidad; pero en toda variedad de grados, por debajo de la perfección absoluta, el poder mismo es ejercido por toda la hueste de las inteligencias angélicas.

OINOS. —Pero hablas meramente de impulsos sobre el aire.

AGATHOS. —Al hablar del aire, me refería solo a la Tierra; pero la proposición general hace referencia a impulsos sobre el éter, el cual, puesto que impregna, y es el único que impregna todo el espacio, es por tanto el gran medio de la creación.

OINOS. —¿Entonces todo movimiento, de cualquier naturaleza, crea?

AGATHOS. —Debe hacerlo: pero una verdadera filosofía ha enseñado durante mucho tiempo que la fuente de todo movimiento es el pensamiento, y la fuente de todo pensamiento es...

OINOS. —Dios.

AGATHOS. —Te he hablado, Oinos, como a un hijo de la hermosa Tierra que pereció recientemente, de impulsos sobre la atmósfera de la Tierra.

OINOS. —Lo hiciste.

AGATHOS. —Y mientras hablaba así, ¿no cruzó por tu mente algún pensamiento sobre el poder físico de las palabras? ¿No es cada palabra un impulso en el aire?

OINOS. —Pero, ¿por qué, Agathos, lloras? ¿Y por qué, oh, por qué caen tus alas mientras nos cernimos sobre esta hermosa estrella, que es la más verde y, sin embargo, la más terrible de todas las que hemos encontrado en nuestro vuelo? Sus flores brillantes parecen un sueño de hadas, pero sus feroces volcanes parecen las pasiones de un corazón turbulento.

AGATHOS. —¡Lo son! ¡Lo son! Esta estrella salvaje... hace ya tres siglos que, con las manos juntas y los ojos bañados en llanto, a los pies de mi amada, la pronuncié —con unas pocas frases apasionadas— dándole nacimiento. Sus flores brillantes son los más queridos de todos los sueños incumplidos, y sus furiosos volcanes son las pasiones del más turbulento y profano de los corazones.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB